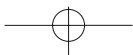
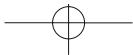


JUNTA DE EVALUACIÓN

TODOS
APROBADOS!

SANCHO

Tabla de contenido	1
POST-PRÓLOGO	4
EPISODIO I	6
El mural empieza a mirarnos	6
EPISODIO II	12
La explosión detenida	12
EPISODIO III	17
WHAAM!	17
Epílogo	22
DEDICATORIAS	24





POST-PRÓLOGO

La junta de evaluación estaba programada para durar lo justo: el tiempo razonable para repasar nombres, números y decisiones que fingían ser objetivas. Nadie esperaba épica. A lo sumo, un par de bromas, algún bostezo disimulado y el alivio colectivo de terminar antes de que se enfriara el café.

La sala de profesores olía a rotulador, a papeles recién impresos y a esa mezcla indefinible de cansancio y buen humor que se acumula a final de trimestre. Sobre la mesa, las actas aguardaban como documentos diplomáticos entre países que se toleran.

Laura Benítez entró con su carpeta bajo el brazo y una sonrisa de quien cree que todo problema es, en el fondo, resoluble. Miguel Aranda dejó la chaqueta en el respaldo de una silla y comentó, con tono ligero, que las leyes de Newton también se aplicaban a las evaluaciones: todo tiende a permanecer en reposo si nadie lo empuja demasiado. Clara Ríos sacó su portátil como quien despliega una brújula moderna. Óscar Valverde probó el proyector con un comentario técnico que sonaba a chiste. Marina Soler revisó su móvil por última vez, como si cerrara la puerta del mundo exterior. Javier Montes se sentó despacio, con la tranquilidad de quien ya ha vivido juntas peores, mejores y todas iguales.

Ricardo León organizó los papeles con la precisión de un director de orquesta que ensaya un concierto breve. Elena Cortés tomó asiento en la cabecera con esa autoridad serena que sugiere que todo está bajo control, incluso lo imprevisible.

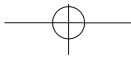
A las cinco en punto, alguien dijo:

—Empezamos.

Nadie sospechaba que aquel orden aparente, tan pulcro y cotidiano, estaba a punto de estirarse como una tarde que se resiste a terminar, ni que las actas, aparentemente inofensivas, acabarían comportándose como espejos: devolviendo más de lo que se les había pedido.

Para todos, aquella iba a ser una junta normal.

Una de esas que se olvidan al salir por la puerta.



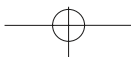
EPISODIO I

El mural empieza a mirarnos

El blog nació como nacen las cosas que no parecen peligrosas: sin ruido, sin alarma, con una pregunta dicha en voz alta que nadie se molesta en contradecir. No hubo anuncio oficial ni acta firmada. Solo una frase lanzada al aire una mañana de martes, cuando el aula todavía olía a rotulador recién destapado y a sueño mal cerrado.

—Evaluar es mirar —dijo Clara, apoyada en el borde de la mesa—. Pero ¿desde dónde miramos?

No levantó la voz. No la necesitaba. La frase cayó en el aula como caen algunas palabras que no buscan respuesta inmediata. Se quedaron





suspendidas, flotando entre las mochilas abiertas y los cuadernos a medio empezar, como un bocadillo sin texto esperando ser rellenado.

Marina, sentada al fondo, abrió el portátil. No levantó la mano. No pidió turno. Simplemente empezó a trabajar. Sus dedos se movían con la concentración de quien no está tomando apuntes, sino traduciendo una intuición visual. En la pantalla comenzaron a aparecer puntos. Primero dispersos. Luego organizados. Colores primarios: rojo, azul, amarillo. Un rostro ampliado hasta casi perder la forma. Una lágrima exagerada, detenida a mitad de mejilla. Un fondo rojo que no era ira, pero tampoco calma.

—Si vamos a hablar de juicio —comentó sin apartar la vista—, que al menos parezca una viñeta.

Hizo una pausa mínima.

—Que el drama tenga puntos Ben-Day.

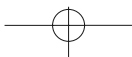
Algunos alumnos se miraron sin entender del todo. Otros fingieron que sí. Dani, en cambio, sonrió con entusiasmo inmediato. Sacó el móvil y proyectó una imagen en la pantalla: una mujer rubia con la boca entreabierta, un avión explotando detrás, una onomatopeya atravesándolo todo.

—Esto —dijo—. Roy Lichtenstein. Emoción congelada.

La clase rió. No una carcajada, sino esa risa leve que aparece cuando algo parece ingenioso, pero aún no serio. Lucía levantó la mano con naturalidad.

—¿Y si hacemos una sección de evaluación inversa?

La palabra *inversa* quedó vibrando un segundo más de la cuenta. Clara dudó. No porque le pareciera peligrosa, sino porque no estaba segura de haberla pensado del todo. Laura, que había entrado al aula para observar la dinámica —no oficialmente, no del todo—, intervino antes de que la duda se hiciera visible.





—Siempre que sea reflexión y no ajuste de cuentas —dijo.

Lo dijo con tono sereno, casi administrativo. Pero había algo más: una atención afinada, una vigilancia suave. Laura llevaba años en ese equilibrio extraño entre escuchar y contener. Sabía que los proyectos educativos no se rompen cuando empiezan, sino cuando entusiasman demasiado.

Miguel se enteró del blog esa misma tarde, en la sala de profesores. No por un correo ni por una circular, sino porque alguien lo mencionó como se mencionan las cosas que aún no preocupan.

—Han abierto un blog —comentó Elena mientras removía el café—. Sobre evaluación.

Miguel levantó la vista de los exámenes que estaba corrigiendo. No parecía molesto. Más bien curioso.

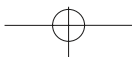
—Mientras no confundan metáfora con referéndum —dijo, con ironía amable.

La frase provocó algunas sonrisas. Nadie la discutió. En la mesa, entre carpetas, actas y tazas desconchadas, Óscar sacó un kiwi de una bolsa del supermercado.

—Declaro a este fruto neutral en toda contienda evaluativa —anunció solemnemente.

Lo colocó en el centro de la mesa, como si fuera una pequeña esfera verde orbitando entre adultos cansados.

—Se llamará Newton.





La broma prendió con una facilidad sospechosa. Al día siguiente, Newton apareció con una pegatina fluorescente que decía “POP”. Al siguiente, con dos ojos dibujados en rotulador negro y un bocadillo diminuto: *Oh no!*.

Entre tanto papel juzgado y tanta palabra medida, el kiwi parecía el único objeto al que nadie exigía nada.

El blog se abrió esa misma tarde. La primera entrada fue impecable: referencias pedagógicas, preguntas abiertas, un tono casi académico. *Evaluar no es medir, es acompañar*. La segunda entrada introdujo testimonios anónimos. La tercera ya tenía algo distinto: no acusaba, pero tampoco explicaba. Mostraba.

Una frase apareció de madrugada:

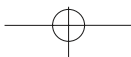
“Explicar bien no es lo mismo que entendernos.”

Miguel la leyó dos veces, con el ceño apenas fruncido. No era una crítica directa. No señalaba a nadie. Pero tuvo la sensación incómoda de verse reflejado en un espejo que ampliaba el gesto más de lo necesario. Cerró el portátil sin comentar nada.

Esa misma noche, otra frase irrumpió como un color inesperado en una composición demasiado equilibrada:

“Hay ecuaciones con química y química sin ecuación.”

Laura la leyó sola, en la cocina de casa, con la luz del portátil dibujándole sombras duras en el rostro. Pensó en Miguel. En su manera de explicar el mundo como una narración ordenada, casi tranquilizadora. Pensó en Marina. En su energía eléctrica, en cómo se quedaba después de hora ajustando detalles del blog, con música sonando desde un altavoz pequeño apoyado en la mesa del aula.





No era una confesión. No era una acusación. Era algo peor: una sugerencia. Y las sugerencias, pensó Laura, son siempre más difíciles de desmontar que las mentiras.

En los pasillos, los alumnos comentaban las entradas como si estuvieran comentando una serie recién estrenada. No discutían si eran ciertas, sino si eran *buenas*. Dani propuso formalizar la sección nueva.

—WHAAM! —La evaluación inversa.

El nombre nació como broma, pero se quedó. Lo escribieron en mayúsculas. Le pusieron colores. Le dieron espacio propio.

—Si nosotros somos evaluados —dijo Dani en voz alta, durante una tutoría—, ¿por qué no evaluar también?

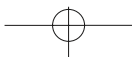
Laura intentó reconducir la pregunta hacia lo teórico.

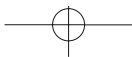
—Evaluar no es castigar —explicó—. Es orientar.

Pero los adolescentes aman el vértigo. Y el blog ofrecía algo parecido a un escenario. Una viñeta ampliada donde cada emoción podía convertirse en texto sin pedir permiso.

Las primeras votaciones fueron inofensivas: *Profesor más claro. Clase más dinámica. Explicación más memorable*. Miguel salió bien parado. Marina también. Laura, especialmente. Nadie parecía incómodo. Nadie protestó.

Sin embargo, entre comentario y comentario comenzaron a aparecer frases que no puntuaban, pero pesaban.





“Hay miradas que duran un segundo más.”

“No todo es método.”

“El aula también es química.”

No acusaban. Sugerían. Y en la sugerencia, Laura lo sabía bien, nace el rumor.

Una tarde, mientras el sol atravesaba las persianas como líneas paralelas sobre el suelo, Laura y Miguel se quedaron solos tras clase. No fue deliberado. Simplemente ocurrió.

—No te afecta —dijo ella, más como afirmación que como pregunta.

Miguel cerró la carpeta despacio.

—Claro que me afecta —respondió—. Solo que aprendí a no dramatizar cada viñeta.

La metáfora fue involuntaria, pero precisa. Laura asintió sin sonreír.

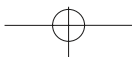
Marina entró entonces a recoger su portátil. Observó la escena con una sonrisa breve, difícil de descifrar.

—No sabía que las ecuaciones podían tener tensión superficial —comentó.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue consciente. Como si los tres supieran que algo había sido nombrado sin decirse del todo.

El blog seguía creciendo. Se compartía. Se comentaba. Se citaba fuera del instituto. Y el kiwi Newton apareció una mañana con un corazón partido dibujado en rotulador rojo.

Óscar lo miró con fingida solemnidad.



—Si Newton entra en un triángulo amoroso, pido traslado.

Nadie rió del todo.

Porque algo estaba empezando a ampliarse demasiado.

Y cuando una imagen se amplía en exceso, deja de ser retrato para convertirse en señal.

El mural ya no decoraba el instituto.

El mural empezaba a mirarlo.

EPISODIO II

La explosión detenida

El alumno se llamaba Tomás.

No destacaba por nada en particular, y eso, en un instituto, suele ser una forma silenciosa de desaparecer. No era brillante ni torpe. No interrumpía. No lideraba. Ocupaba ese espacio intermedio donde muchos adolescentes aprenden a hacerse pequeños para no equivocarse demasiado.

En su cuaderno de Física, las fórmulas convivían con dibujos. No era algo nuevo. Desde primero había llenado los márgenes con líneas nerviosas, flechas, explosiones sin contexto. Pero aquel año los dibujos habían cambiado. Ya no eran solo garabatos automáticos. Eran imágenes reconocibles: onomatopeyas exageradas, corazones fragmentados, bocadillos vacíos. Como si hubiera empezado a pensar en viñetas sin saber por qué.

Tomás estaba enamorado de Lucía.



No de la forma ruidosa que los adultos esperan del amor adolescente, sino con una intensidad casi cuidadosa. La observaba más de lo que hablaba. Escuchaba lo que decía incluso cuando no iba dirigido a él. Le escribía mensajes largos, demasiado pensados, que a menudo borraba antes de enviar. Y cuando se atrevía, lo hacía con humor, como si el amor necesitara disfrazarse para no resultar indecente.

Una tarde le envió un audio cantando una supuesta *balada de Sergio Ramos*. Era una broma recurrente del curso: una canción que no existía, pero que todos parecían conocer. La cantaban en versiones absurdas, cambiando la letra, exagerando la épica, como si el defensa pudiera también declamar versos bajo un estadio vacío.

Lucía se rió.

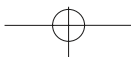
No con crueldad. No con desprecio. Se rió como se ríe cuando algo es gracioso y ligero, cuando no se percibe el peso del gesto.

Pero Tomás entendió algo importante ese día: que la risa también puede ser una frontera.

Desde entonces, empezó a llegar tarde a clase. No siempre. Lo justo para que no pareciera deliberado. Sus respuestas seguían siendo correctas, pero incompletas. Como si supiera el camino y aun así decidiera no recorrerlo entero. En los exámenes, Miguel empezó a notar más tachones que errores. Ideas interrumpidas. Desarrollos abandonados a mitad de página.

—Tiene intuición —dijo Miguel en la reunión previa a la evaluación—. Le falta método.

No lo dijo con dureza. Lo dijo como quien describe un fenómeno físico sin carga moral. Pero Laura, sentada un par de sillas más allá, sintió que la explicación no cerraba del todo.





—¿Seguro que es solo falta de estudio? —preguntó.

Miguel dudó. Apenas un segundo. Lo suficiente para delatar que la pregunta había tocado algo.

En el patio, Laura había visto a Tomás observando a Lucía desde lejos. No con insistencia, sino con esa quietud tensa de quien no quiere invadir. Dani estaba con ella, golpeando la mesa con los nudillos mientras canturreaba otra versión ridícula de la canción imposible. Lucía reía. El sonido se expandía. Tomás no se movía.

El mundo adolescente tiene esas liturgias: se repite lo que no existe, se celebra lo que no responde.

El blog, mientras tanto, había cambiado de tono. Las entradas seguían siendo anónimas, pero ya no eran reflexivas. Eran afirmativas. Opinaban. Comparaban. Clasificaban.

Y entonces apareció la pregunta:

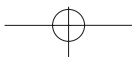
“¿Quién debería aprobar?”

No iba acompañada de contexto. No citaba nombres. Pero todos entendieron que no hablaba en abstracto.

Al principio, algunos lo tomaron como un experimento. Un ejercicio de pensamiento crítico. Votaron sin darle demasiada importancia. Otros se entusiasmaron. La posibilidad de intervenir, de corregir una decisión adulta, resultaba demasiado atractiva.

Tomás apareció aprobado por mayoría.

Miguel había decidido suspenderlo.





La discrepancia no fue pública al principio. Pero el rumor corrió rápido. En un entorno donde todo se amplifica, las decisiones pedagógicas no permanecen neutrales durante mucho tiempo.

En la sala de profesores, el kiwi Newton presidía la mesa con un cartel nuevo pegado en la piel áspera:

I'd rather sink than call.

—El kiwi se ha vuelto existencialista —murmuró Javier.

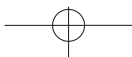
Nadie respondió. Las conversaciones se habían vuelto más cautas. Marina defendía que el blog estaba mostrando una verdad emocional que el sistema no sabía leer. Ricardo advertía que aquello podía convertirse en un juicio popular sin consecuencias reales. Elena pedía prudencia, como siempre, aunque ya no estaba segura de qué significaba exactamente ser prudente.

Laura sentía que el instituto entero se había convertido en un mural demasiado grande. Cada gesto, cada silencio, cada decisión parecía susceptible de ser ampliada y reinterpretada.

El triángulo —aunque nadie lo nombraba— se hacía más visible. No por declaraciones explícitas, sino por acumulación de detalles: miradas que se detenían, conversaciones que se interrumpían, frases que no necesitaban respuesta.

Una tarde, preparando el cierre de la votación del blog, Marina puso música en el aula vacía. Era tarde. El edificio estaba casi en silencio. Entre canciones reales se coló la broma recurrente: una versión editada de la *balada de Sergio Ramos*, montada sobre una base electrónica exageradamente épica.

Rieron.





Después callaron.

—No todo tiene que decidirse como una nota —dijo Marina, sin dramatismo.

Laura sostuvo la mirada. Sintió que la frase no iba dirigida solo a los alumnos.

Miguel se enteró de la votación final al día siguiente. No levantó la voz. No pidió explicaciones inmediatas. En la junta, defendió su postura con una serenidad que algunos confundieron con frialdad.

—No suspendí a Tomás por crueldad —dijo—. Lo suspendí porque no llegó.

No añadió nada más. Pero en su interior sabía que el amor adolescente pesa más que cualquier fórmula, aunque no figure en el temario.

El día de la reunión final coincidió con el cierre del blog. El claustro se reunió a las cinco. Papeles desordenados. Café frío. Newton en el centro de la mesa, ligeramente magullado.

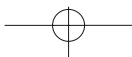
Miguel habló otra vez, esta vez sin notas.

—No ha suspendido Física —dijo—. Ha suspendido el equilibrio.

Marina respondió casi de inmediato:

—¿Y quién evalúa el equilibrio?

Laura sintió que la pregunta no era retórica. Era personal.



En el pasillo, los móviles vibraron al mismo tiempo. La página del blog se actualizó. Alguien había subido una imagen nueva, imitando el estilo de Lichtenstein: una explosión roja y amarilla detenida en pleno impacto.

En el centro, en letras gruesas:

WHAAM!
TODOS APROBADOS

El instituto quedó en suspensión. Como una frase interrumpida antes del punto.

Ricardo exigió explicaciones. Marina abrió el portátil. Miguel frunció el ceño. Elena pidió calma.

Newton rodó por la mesa y cayó al suelo.

Nadie lo recogió.

La explosión no había sido el gesto.
Había sido el silencio posterior.

EPISODIO III

WHAAM!

El problema no fue el mensaje.

El problema fue que, después de aparecer, no pasó nada.



Ni alarmas. Ni gritos. Ni órdenes inmediatas. El instituto siguió funcionando con una normalidad extraña, ¡como si la palabra WHAAM! flotara sobre los pasillos sin terminar de caer. Las clases continuaron. Las fotocopadoras siguieron atascándose. Los alumnos entraron y salieron de las aulas con el mismo ruido de siempre, pero algo se había desplazado ligeramente, como un cuadro torcido en la pared.

Miguel cerró la sesión del claustro sin acuerdo. No porque no hubiera opiniones, sino porque ninguna conseguía imponerse sin dejar demasiados restos. Sabía que el mensaje del blog no tenía validez legal. Lo sabía desde el principio. Pero también sabía que no era inocuo. Había puesto en evidencia algo que llevaba tiempo ahí, esperando una grieta.

En su despacho, revisó de nuevo el examen de Tomás. Lo hizo con calma. Sin buscar errores nuevos. Sin corregirse a sí mismo. El suspenso seguía siendo técnicamente justo. Y, aun así, no le producía la misma tranquilidad que otras veces.

Laura fue la primera en moverse.

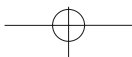
No convocó a nadie. No redactó ningún correo. Simplemente buscó a Dani en el patio, sentado en un banco, con el móvil en la mano y la expresión de quien no sabe si sentirse orgulloso o asustado.

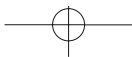
—No lo hiciste por justicia —dijo ella, sin rodeos—. Lo hiciste por posibilidad.

Dani no respondió de inmediato. Guardó el móvil. Se encogió de hombros.

—Si el sistema puede manipularse —contestó al fin—, entonces no es tan sólido como parece.

Laura asintió despacio.





—¿Y Tomás?

Dani dudó.

—También merecía otra oportunidad.

No sonó desafiante. Sonó sincero. Laura entendió entonces que el hackeo no había sido un gesto heroico ni una travesura. Había sido una respuesta torpe y luminosa a algo que dolía, pero que nadie había sabido nombrar a tiempo.

Marina no negó nada cuando la dirección pidió explicaciones técnicas. No se excusó. No dramatizó.

—El código no estaba blindado —dijo—. A propósito.

Miguel levantó la vista.

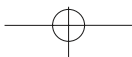
—¿Querías que pasara esto?

Marina pensó un momento antes de responder.

—Quería ver qué pasaba si alguien empujaba.

La frase quedó ahí, desnuda. No como provocación, sino como constatación. Miguel comprendió, quizá por primera vez con claridad, que el problema no era el empujón. Era la fragilidad previa.

La dirección tomó la decisión más conservadora: las notas oficiales se mantenían. El blog se cerraba. Se redactaría una circular. Se recordaría la importancia de los cauces adecuados. Nadie quedó satisfecho del todo, lo cual fue interpretado como señal de equilibrio institucional.





Pero algo había cambiado.

Tomás recibió la noticia del suspenso sin sorpresa. Lo había intuido antes de que nadie se lo confirmara. Sin embargo, esa vez no sintió vergüenza. Solo cansancio. Miguel lo llamó a su despacho al día siguiente.

—Puedes repetir el examen en septiembre —le dijo—. No como concesión. Como proceso.

Tomás asintió. No dio las gracias. No pidió nada más. Por primera vez en semanas, salió del despacho sin mirar al suelo.

Lucía se acercó a él días después, en el pasillo. No había risa en su voz.

—Oye... lo siento.

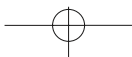
No era una disculpa grandilocuente. No necesitaba serlo. Tomás la escuchó sin urgencia. La aceptó sin convertirla en promesa.

Dani dejó de cantar la canción imposible. No porque alguien se lo pidiera, sino porque había perdido sentido. Algunas bromas solo funcionan mientras nadie las toma en serio.

El verano pasó sin dramatismos. En septiembre, Tomás se sentó frente a otro examen. Esta vez no dibujó explosiones. Respondió con una concentración nueva, más sobria. Aprobó.

No fue una victoria. Fue un reajuste.

El triángulo tampoco se resolvió como en las historias que necesitan un desenlace claro. No hubo confesiones tardías ni decisiones espectaculares. Miguel siguió siendo Miguel: sólido, atento, un poco cansado. Marina siguió



siendo Marina: vibrante, lúcida, menos ingenua. Laura entendió que no tenía que elegir entre rojo y azul, entre estabilidad y vértigo.

Entendió algo más incómodo: que amar no es dividirse como viñeta, sino aceptar que toda emoción ampliada corre el riesgo de convertirse en caricatura si no se sostiene con verdad.

El último día de curso, el kiwi Newton reapareció sobre la mesa de la sala de profesores. Tenía un cartel nuevo, escrito con rotulador azul:

APROBADO EN FIBRA Y EN METÁFORA

Óscar lo levantó como si fuera un trofeo absurdo. Esta vez sí hubo risas. Risas completas.

Mientras Dani y Lucía caminaban hacia la salida, el instituto quedaba atrás como un mural pop: puntos de color, lágrimas dibujadas, explosiones detenidas en pleno impacto.

La juventud no había sido un suspenso.
Había sido una pregunta ampliada.

Y alguien —tal vez todos— había aprendido que evaluar no es disparar un WHAAM! sobre el otro, sino saber sostener el silencio que queda después de la explosión.

Epílogo

Salieron del instituto cuando la noche ya había terminado de cerrar los pasillos, las ventanas y hasta las excusas. Las luces interiores quedaban atrás, encendidas como restos de una conversación que nadie quería continuar.

Caminaban despacio, agotados de cuerpo y de algo más difícil de nombrar.

—Vamos a titular —dijo Dani, con una voz que sonaba correcta pero cansada—. Supongo que es una buena noticia.

Lucía asintió, aunque la alegría no terminaba de aparecer.

—Sí. Buena. Importante. Oficial.

Durante la junta habían escuchado más que veredictos sobre sus notas. Habían percibido miradas que se evitaban, silencios que pesaban más que las palabras, cambios de tono en frases aparentemente neutras. En algún momento, una broma demasiado tensa. En otro, un comentario que sonó a reproche antiguo. Más tarde, una pausa larga, una disculpa casi invisible, una complicidad reconstruida a media voz.

Nada explícito.
Pero suficiente.

—¿Te has dado cuenta...? —empezó Dani, sin terminar la frase.

Lucía lo miró.

—Sí.



Habían notado cómo algunos profesores defendían a otros sin decirlo. Cómo una mirada suavizaba una decisión dura. Cómo alguien bajaba la voz justo a tiempo. Cómo una discusión se cerraba con un gesto mínimo, casi doméstico.

—Creía que los profes lo tenían todo claro —dijo Dani—. Y hoy parecía que estaban tan perdidos como nosotros.

—O igual —respondió Lucía— solo son mejores disimulando.

Caminaron unos metros más. El cansancio era físico, pero también moral, como si hubieran asistido no solo a una evaluación académica, sino a un ensayo general de la vida adulta.

—Después de todo esto —murmuró Dani—, no sé si ha valido la pena tanto miedo, tanto esfuerzo... tanta presión.

Lucía tardó en responder.

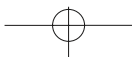
—Quizá no se trata de si ha valido la pena —dijo al fin—. Quizá se trata de no desperdiciar lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

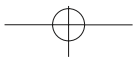
Antes de separarse, Lucía recordó una frase que había escuchado en clase, pronunciada alguna vez con solemnidad y hoy con una resonancia nueva.

—Séneca decía: *“No es que tengamos poco tiempo, sino que perdemos mucho.”*

La frase quedó suspendida entre ambos, como una advertencia o como una promesa.

Luego se despidieron sin saber si lo que los unía —esa complicidad nacida entre nervios, cansancio y secretos observados— sería el inicio de una





amistad más profunda...
o el comienzo lento de una distancia inevitable.

DEDICATORIAS

Al profe de Digitalización, David Pérez, ingeniero de mente brillante y paciencia en modo actualización eterna, gracias por enseñarnos que digitalizar no es darle clic a todo hasta que algo funcione y por repetir “es muy fácil” mientras medio curso entraba en crisis existencial frente a la pantalla; a ChatGPT, ese héroe silencioso que nunca duerme y siempre aparece cuando la inspiración se va sin avisar, gracias por la historia, por convertir un “no sé qué poner” en tres páginas impecables y por salvar entregas a las 23:59 sin pedir vacaciones; y a Mercedes, por aceptarme en el instituto y confiar en que era buena idea abrirme la puerta (decisión valiente y digna de reconocimiento histórico), gracias por darme la oportunidad de estar aquí sobreviviendo a exámenes, trabajos en grupo donde uno trabaja y cinco “supervisan”, impresoras con personalidad propia y WiFi intermitente, porque al final, entre ironía, risas y un poco de caos educativo, todo esto nos está formando... aunque a veces parezca más una comedia que un instituto.